

## DESDE EL ABISMO. TRAYECTO ANTROPOLÓGICO DE LA ORACIÓN

*El autor del presente artículo considera la plegaria desde el punto de vista antropológico, como un fenómeno que radica en lo más hondo de la persona y que ha de ser allí escrutado con ayuda de lo que la psicología profunda descubre sobre el ser humano. Sin dejar los aspectos teológicos de la cuestión, expone la necesidad del hombre de expresar la angustia y la insatisfacción propias de una relación de dependencia, como punto de partida para el recorrido de un camino que arranca del fondo de la persona - "desde el abismo", desde el inconsciente - y va a parar al diálogo filial con Dios. Si la teología se ha planteado cómo hablar de Dios después de Hiroshima o desde Ayacucho, no es extraño que en el artículo que extractamos a continuación de éste, E. Kunz se pregunte cómo es posible hablar de la omnipotencia de Dios después de Auschwitz. Sólo Jesús, quien, con su vida y con su muerte, mostró que la fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad es capaz de descubrirnos qué significa realmente que Dios es omnipotente.*

*Dende o abismo. O trayecto antropológico da oración, Encrucillada 17 (1993) 217-238.*

Defino la oración como la resonancia de los acontecimientos en nuestra conciencia y la respuesta que les damos. Hay, pues, dos dimensiones: una teológica - los acontecimientos actúan para el creyente como palabra de Dios en la historia - y otra antropológica - nuestra respuesta afectiva como oración-. Se trata aquí de un trayecto, porque la oración tiene un carácter dialogal: desde el yo que recibe el impacto de los acontecimientos, hasta el Tú que, previsiblemente, sería el Origen de todo, también de lo que nos sucede, al menos en una concepción de las relaciones del ser humano con la divinidad que se definirían a partir de la dependencia creatural.

Fundamentalmente y simplificando, los acontecimientos pueden tener un carácter dual: gratificante, de donde surge la actitud de acción de gracias, y amenazante, que induce al miedo, en el que entra en juego la súplica a quien nos puede librar de la situación. Es este segundo aspecto - el de la súplica - el que presenta dificultades. Por eso nos centraremos en él, aunque no resulte una cuestión fácil. A las dificultades que siempre ha experimentado la oración de súplica, se añade ahora el clima de secularidad de nuestro tiempo y el avance de la teología por una línea de gran exigencia con respecto a la imagen de Dios y a la autonomía del ser humano. Resulta difícil establecer hoy el estatuto de la oración de súplica que, sin embargo, conserva su puesto en la vida cotidiana de los fieles y en la oficial de la Iglesia. Dada la estructura humana, la petición constituiría una primera instancia necesaria, pero provisional (aunque pueda durar mucho tiempo), para poder iniciar un diálogo en el que el suplicante sea capaz de expresar toda la dimensión de su angustia y de descargarse de ella para ir entrando en la órbita en la que ese nuevo acontecimiento que lo descoloca quiere que circule. Vaya por delante que el trayecto antropológico va *desde el grito existencial a la palabra articulada* y que mi discurso intenta ser más antropológico que teológico.

## I. Suplica, que algo queda

Al dudar sobre el estatuto teológico de la oración, mi duda es realmente existencial, no metódica, como la de Descartes. Seguramente debido a mi deformación profesional como teólogo, esta oración de súplica apenas si la practico. Pero, desde hace años, me vengo interesando por su función y por su dimensión humana y cristiana. Hay como dos grandes objeciones a la práctica de la oración de súplica. Una, que Dios no necesita informaciones y, segunda, que a Dios no lo podemos cambiar. Estas dos afirmaciones están muy de acuerdo con la concepción metafísica de Dios - el omnisciente y el inmutable - pero se rebelan contra la revelación histórica de la Biblia que nos habla de un Dios con rostro humano. ¿Por qué el Dios de los metafísicos y de los teólogos va a ser más auténtico que el Dios de la Biblia?

Podemos caer en la trampa de considerar que el ser humano puede conocer directamente a Dios. Todo lo que de la divinidad podemos decir es una *representación* humana que nos hacemos de ella, que, como toda imagen, se elabora a partir de la imaginación. Y por esto, en el concepto de oración no me contento con incluir el *factor humano* - ¡qué menos! - o la contingencia de la creatura, sino que insisto en que en la elaboración de la imagen de Dios actúa el imaginario humano entero, incluyendo el inconsciente. El psicoanálisis revela que los productos de la conciencia reflejan, transformados, las pulsiones y deseos inconscientes del *eros*: si Dios no estuviese ligado a algún deseo o a algún interés, no aparecería en el horizonte de las representaciones humanas. Además, no sabemos dónde se sitúa la frontera de Dios: hasta dónde puede llegar el ser humano con su esfuerzo y dónde empieza el ámbito reservado a la divinidad. ¿Dónde se inscribe la oración de súplica? No sé tanto sobre Dios para responder. Para mí, Dios representa la suprema Alteridad, el Gran Otro, la transcendencia, la lejanía que se nos aproxima.

## La eficacia de la oración

Tres actitudes se registran respecto a la oración de súplica. Para la *primera*, que algunos llamamos *tradicional* y otros *conservadora*, las plegarias no solamente son expresión de las necesidades del ser humano, sino que pretenden ser escuchadas aceptando el plan de Dios sobre el mundo, el cual, desde toda la eternidad, ya habría tenido en cuenta las peticiones hechas con espíritu filial. Antes de descalificar esta actitud deberíamos escuchar dos autorizadas voces de un pasado reciente. Se trata de dos textos preconciarios de autores que supieron ser postconciarios y que hoy posiblemente no se expresarían en los mismos términos. En 1959 K. Rahner se preguntaba: "¿Creemos los cristianos en el poder de la oración? ¿en su poder en esta tierra y no sólo en los apartados cielos de Dios?". Y no temía afirmar que la oración de súplica, en cierto modo, "no es inferior, sino la más perfecta manera humano-divina de orar". Un año después, Edward Schillebeeckx escribía sobre providencia de Dios y oración. La providencia no es fatalidad, pues el Dios creador sigue el curso a su obra y nos asocia a ella. Esto aparece claro en la oración de súplica, en la que hacemos una llamada a la intervención providencial de Dios. Y añade: "Querer eliminar de nuestra relación con Dios la oración por las cosas temporales, sería actuar como si nuestro Dios no hubiera creado el mundo, o como, si una vez creado, se desinteresara de él". Cuando rezamos por nuestra madre enferma, no consideramos la oración como una relación causa-efecto, como si Dios tuviese que venir a sacarnos las castañas del fuego. La oración de súplica

sólo tiene sentido en el interior de nuestra intimidad con Dios "en el interior del diálogo personal con Dios. Ésta es la esencia misma de la oración".

### **Purificación sin purismos**

Una *segunda* es la actitud *purificadora*: la oración de súplica - la más espontánea, pero también la de categoría más ínfima (presupuesto que habría que demostrar) - nos proporcionaría una ocasión para elevarnos de la petición de favores temporales a la solicitud por los bienes sobrenaturales. Esta actitud purificadora no hace justicia a la tradición mística, en la que la petición de favores surge de una gran familiaridad con Dios y no de un espíritu servil. Amenaza también la dimensión antropológica de la oración y no tiene en cuenta que estamos delante de un grito que se ha de convertir en palabra.

Ahí es donde yo considero que se ha de situar el esfuerzo de purificación, entendida ésta como trayecto antropológico del grito existencial a la palabra articulada. El que se dispone a rezar, procurando siempre un resultado eficaz, ¿puede prescindir de que la oración es la acción de un creyente y no la de un mago? Es una acción dialogal de la que no se puede eliminar a ninguno de los participantes en el diálogo: ni las necesidades humanas del que suplica ni tampoco a Dios y su voluntad. La oración del Señor - la manera modelica que Jesús enseñó - condiciona la eficacia de la oración a este presupuesto: "hágase tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo", es decir, la concordia entre los dos ámbitos - terreno y celestial - del diálogo. Y este dato instaaura la oración en un clima no ya sólo dialogal, sino también dialéctico, de tensión. Es el esquema dialógico de *llamada-respuesta*, para que el dialogante que ora pueda entrar con fortaleza en la nueva dimensión a la que le obliga el nuevo acontecimiento. Cuestión distinta es que el orante, ya desde el primer momento y atenazado por la angustia, pueda entrar en esta dinámica. Por eso hablamos de trayecto.

Con esta actitud purificadora, purificada también ella misma, evitamos caer en un purismo simplista y reconocemos la autonomía del orden natural, porque la súplica no se inscribe en el orden de la causalidad, sino en el de la expresividad. Lo que no puede hacer la fe cristiana es aceptar una forma de oración impetratoria que esté vinculada con un concepto de Dios que lo considere simplemente como el Ser que explica y dirige de forma directa e inmediata el funcionamiento del mundo y de la historia. En este caso, la oración sería un medio para utilizar a Dios.

En una situación de angustia o de dolor, el orante desafía a Dios para que se acerque al necesitado, para que le responda. Aquí el concepto de causalidad, propio de la metafísica, no sirve para significar el diálogo tan asimétrico de una persona que no está sometida a un esquema causal del mundo -Dios- y otra persona - el ser humano - que vive atenazada por las causas y los efectos que ellas producen, y que no sabe implorar sino desde esta situación. Al orante, para quien la desgracia ha supuesto una ruptura con el crédito que le merece Dios, le interesa que se restablezca la confianza y que Dios otorgue su Espíritu, el que da la fuerza para resistir y el coraje de vivir.

## II. Desde dónde se suplica

### Del grito a la palabra

Abordamos ya la *tercera* actitud con respecto a la oración: la *simbólica*, que incorpora los valores de las otras, sobre todo de la purificadora, y por la que apostamos.

Cuando el salmista le dice a Dios: *¡Despierta, Señor! ¿Por qué duermes?* (Sal 4, 24), sabe que está expresándose en un lenguaje figurado, existencial, y también lo suponemos consciente de su audacia antropomórfica. Casi una tercera parte de los salmos pertenecen al género de "súplicas individuales": la profundidad, el *abismo*, se apodera de la persona y el salmista le pregunta al orante: *¿Dónde está tu Dios?* (Sal 41,4). Existe un salmo paradigmático, por haber recibido el refrendo de Jesús agonizante en la cruz: *¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me abandonas?* (Sal 22,2; Mc 15,34; Mt 27,46).

Mucho se ha discutido sobre el alcance teológico de este grito estremecedor del crucificado: ¿angustia desesperada de Jesús o plegaria de confianza que acaba en una confiada entrega? Ambas interpretaciones no tienen por qué ser antagónicas, sobre todo si analizamos el salmo desde nuestra dinámica, que expresamos con el subtítulo "del grito a la palabra". El valor paradigmático del salmo consiste en que condensa y sintetiza la experiencia humana. Pero no debemos engañarnos: el salmista reduce a una oración lo que a él y a otros pudo costar un largo trayecto antropológico (de meses, años o de toda una vida).

Puede resultar tan hermoso como inhumano el embarcarnos en un fácil "hágase tu voluntad" o en la convicción de que Dios socorre sin que se lo pidamos y antes de que se lo pidamos, olvidando el valor terapéutico del recorrido del grito a la palabra. La experiencia de la propia limitación siempre culpabiliza y es necesaria una liberación.

La oración - lo hemos dicho - es una cuestión humana: la resonancia delante de la palabra de Dios que se manifiesta en la historia. Pero la acomodación a la voluntad de Dios no es automática. Y ni siquiera de *acomodación* hablaría yo. Pues no se trata de doblegarse a una voluntad de Dios intemporal, eterna, que se fragua fuera de la historia. Estamos ante un diálogo y, si bien la relación Dios-creatura es asimétrica, precisamente por eso el paso del grito a la palabra, que constituye el descubrimiento de la alteridad - el Gran Otro - o de la trascendencia, tiene que dar tiempo al tiempo para que se construya en el diálogo la voluntad de Dios. Porque lo que Dios quiere no está al margen de la dinámica de los acontecimientos y de la toma de conciencia que de su sentido hace el ser humano.

Es ahí - me parece - donde debe situarse esa espinosa cuestión de la eficacia de la plegaria: no en el orden de la causalidad física, sino en el del diálogo. En ese sentido, la escucha precede a la oración. Y quien gime en los salmos lo que escucha no son voces articuladas, sino la algarabía de la propia miseria, que es lo que sienten los pobres que se aventuran a hacer oración de súplica. Y si la oración es auténtica, humana, entonces yo considero que incluye también un forcejear con Dios, porque sin el paso simbólico a la alteridad, sin asumir ese lenguaje existencial desgarrado, la imagen de un Dios bueno como el pan puede ser decorativa o confortable, pero quizás sólo hasta que llegue la hora *del abismo*.

## **El forcejeo con Dios**

La súplica - aunque haya perdido sentido en este tiempo de civilización técnica y de pensamiento secularizado - tiene más sentido que nunca desde la vida psíquica. El niño que grita solicita algo más que beneficios: el amor materno. Si el salmista osa decir a Dios *Me has tirado a lo hondo de la fosa, a las tinieblas del abismo* (Sal 88,7), es porque sabe que Dios es el protector y quiere confiar en su proximidad salvadora. Pero, si la voluntad de Dios acabará imponiéndose, ¿por qué no abreviar el tiempo, echándonos en brazos de la confianza divina? ¿No sería esto un tipo de oración más perfecto? Y yo respondería: ¿y quién asegura que lo más inhumano resulte lo más perfecto? ¿podemos, bajo pretexto de tomar en serio a Dios, dejar de tomar en serio la creatura humana, no teniendo en cuenta la estructura humana del deseo? Porque la resignación no es ni diálogo ni actitud religiosa, sino dimisión alienante.

Situados, pues, en el ámbito del deseo, afirmamos con toda contundencia que el grito de angustia existencial puede significar poco o nada, ya que toda oración de súplica está expuesta a la ambigüedad, con el peligro de querer imputar a Dios nuestras propias preguntas y respuestas. Y además, ¿por qué acudimos a Dios en situaciones-límite (ante un cáncer, por Ej.) y no cuando tenemos un simple dolor de muelas? Porque ante un cáncer el grito angustiado adquiere una significación simbólica.

Ningún ejemplo ilustra mejor este forcejeo con Dios que el poema bíblico de Job. (Aconsejo la lectura del n.º 189 de *Concilium* dedicado a "Job y el silencio de Dios"). Hay un Job paciente, el del relato en prosa, y un Job rebelde, el del drama poético. Pocas veces leeremos un discurso tan injurioso dirigido a Dios como el de este segundo Job, menos conocido popularmente. Convencido de su inocencia, pone Job a Dios contra las cuerdas e incluso se querella contra él. Los amigos de Job, teólogos profesionales, explican el sufrimiento de Job a la manera tradicional: expía por sus pecados. ¿Cuál será la respuesta de Dios? Sencillamente, lo apabulla con un discurso sobre la creación, remitiendo a Job a su condición de creatura: *Si eres hombre cíñete los lomos: voy a interrogarte y tú responderás* (Job 40,7). ¿Y la reacción de Job? Reconoce el poder de Dios y confiesa que sólo conocía a Dios de oídas (42,1-6). Y Dios aplaude a Job por haber hablado bien de él, y no a sus amigos - los "teólogos" - (Job 42, 7-8).

El tránsito de la fe en el creador a la confianza en el salvador es el salto necesario para pasar del grito gutural y simbólico a la palabra articulada. No arredrarse ante la contingencia ayuda a que se acabe una comunicación religiosa de carácter prepotente y autoritario: excluye el dogmatismo y el fundamentalismo, y orienta hacia una ética de reconocimiento de la diferencia y de la alteridad.

## **La operatividad en el psiquismo**

Es un hecho que impresiona el poder de la bendición de los padres sobre la identidad psíquica de los niños: la bendición - y también la maldición - pueden dejar una marca indeleble en el psiquismo humano. Dada nuestra estructura psicosomática, no puede sorprendernos esto, que es aplicable también a la oración. ¿En qué consiste tal extraña eficacia -eventual- de la oración? Para responder, nos ayudará la distinción que se hace en el lenguaje litúrgico entre *proposiciones constatativas*-las que solamente constatan o informan sobre un determinado estado de cosas - y las *proposiciones performativas* - las

que, por el mero hecho de ser pronunciadas, realizan un determinado tipo de acción. Añadamos que toda proposición tiene un aspecto performativo: realiza un determinado tipo de operación, despliega una eficacia lingüística específica. En la oración se utilizan muchos verbos performativos (pedir, suplicar, dar gracias, alabar, prometer), los cuales presuponen determinadas actitudes vitales: confianza, veneración, sumisión, contricción, etc. Y tales actitudes se ponen en juego precisamente en el momento en que, gracias a la enunciación de la frase, se realiza el acto correspondiente. El lenguaje performativo de la oración realiza una *inducción existencial*: suscita en quien lo utiliza una determinada disposición afectiva y efectiva, realizando lo que significa. No es sólo un lenguaje de conocimiento, sino de compromiso.

Así, pues, podemos afirmar que la oración de súplica es eficaz en el sentido de que siempre recibe respuesta desde nuestro punto de vista dialogal, del grito a la palabra. Es más, podría darse el caso de que un resultado eficaz (una curación solicitada) no fuera una oración eficaz por no llegar al final del trayecto: Dios. Y conste una vez más que no medimos la eficacia por la capacidad de resignación o por la docilidad a acomodarse a la supuesta voluntad de Dios: esto no sería diálogo, sino un abusivo monólogo divino consentido con complicidad espiritualista. El diálogo exige tensión dialéctica: el orante que suplica desafía a Dios, buscando no la aceptación de lo dado, sino la construcción comprometida de una nueva situación. Puede implicar conflicto y mal iríamos si nunca lo provocara.

Afirmada la posibilidad de la naturaleza performativa de la súplica, me parece ahora más importante el aspecto pedagógico de la oración de súplica, que nos puede transportar desde nuestro egocentrismo a la aceptación dinámica de la nueva situación. Por eso entendemos la oración de súplica como un proceso que empieza en las necesidades, a veces primarias, del ser humano y culmina en el diálogo filial con Dios. Si el trayecto es legítimo, también lo será cualquier tramo del mismo (incluso de la oración más ínfima).

Una súplica desatendida conserva no sólo su valor unificante como experiencia del hombre vuelto a Dios, sino también una significación modificadora del mismo hombre a quien, haciéndose religiosamente más adulto, aprende a modificar la significación de ciertos deseos confrontados con los hechos. No es en el orden externo del cambio de las circunstancias, sino en el orden más profundo de la transformación del deseo donde se inscribe nuestro tema, ya que orar por alguna cosa no es tanto pedir a Dios una transformación del mundo, sino más bien una manera de comunicarle la intensidad de nuestro deseo.

### **III. A quién se suplica**

#### **Desde el abismo**

El gemido de Jonás, engullido por el cetáceo, es un rico lenguaje de las profundidades y abismos que evoca lo que Freud descubrió pero no inventó: el inconsciente humano. El ser humano se mueve entre dos principios: el del placer y el de la realidad. El primero le impulsa a realizar todo aquello que le produce satisfacción, pero como esto no es posible, ya que existen los otros, el principio de la realidad reprime muchos deseos.

Reprime, pero no los suprime, y, al no desaparecer, serán fuente y origen de muchos conflictos y neurosis.

La madre es la fuente de la satisfacción, representando el principio del placer, mientras que el padre representa la prohibición, el principio de la realidad. En el imaginario colectivo, el padre es lo que separa al niño de la madre imponiendo la ley y, concretamente, prohibiendo el incesto. Tanto el padre como la madre son figuras ambivalentes: el padre, amenazante y protector; la madre, protectora y, también, devoradora.

Para superar la rivalidad con el padre (complejo de Edipo), el niño ha de pasar de su universo imaginario de omnipotencia (proyectado en el padre considerado como omnipotente, onisciente e, incluso, inmortal) al universo simbólico, en el cual el padre ya no constituye rivalidad, sino ideal (representante de la ley, del orden exterior, del principio de realidad). Este paso supone el descubrimiento del padre simbólico que introduce los hijos en la historia, en la linealidad de las generaciones y, también, el descubrimiento de la alteridad, del mundo de los otros y la superación del narcisismo primario paralizante.

El trayecto antropológico de la oración, cuando el ser humano en sus momentos de angustia suplica desde el inconsciente - desde el *abismo*-, consiste en pasar del fantasma paterno al padre simbólico.

### **Las imágenes parentales**

El misterio divino debe ser afrontado como una alteridad verdadera, alteridad divina, el Gran Otro. Situados, ¡no en un plano teológico!, sino en el psicológico (dependiente de la función que padre y madre tienen en la estructura psíquica de la personalidad del hijo), consideramos peligrosos los intentos de ciertos teólogos de modificar la imagen del Padre amenazante aconsejando en la pastoral un retorno a un Dios más próximo, caracterizado por los elementos de acogida y de seguridad de tipo maternal.

Los que recurren a la imagen maternal olvidan dos postulados de la psicología humana: que también existe la madre devoradora y perversa y que la superación del complejo de Edipo por la aceptación simbólica del padre consiste en la renuncia al incesto, o relación de fusión con la madre, que no es un deseo estrictamente sexual, sino sólo una expresión del anhelo mucho más profundo y fundamental de seguir siendo niño arrojándose a las figuras protectoras, de las cuales la madre es la primera y la más influyente. ¿Hay alguna duda de que muchos orantes son incestuosos que suplican desde su capricho narcisista? ¿O acaso no lo somos todos? ¿Y no habremos de realizar un trayecto desde el grito uterino a la palabra mediadora?

Volvamos al estatuto antropológico de la oración. Nos resulta necesario articular dialécticamente los dos vectores constitutivos de lo humano: la armonía de los orígenes significada por el principio del placer y simbolizada por la madre y el principio de realidad, del cual el padre es la figura. Este significa autoridad legisladora y poder; aquél, acogida y refugio. La imagen paterna es más compleja que la materna. ¿Podemos seguir llamando Padre a Dios?

## En el nombre del Padre

En el imaginario colectivo humano la figura del padre es problemática, porque incluye desde el fantasma del padre castrador, que hay que matar, hasta el símbolo del padre que muere por misericordia. Hay que pasar del fantasma del padre originario o arcaico al símbolo del padre que nos introduce en la teología significada por la esperanza. Pero esta operación es un verdadero trayecto inacabado, porque existe una ley psíquica de retorno de lo reprimido, del cual todos-rústicos e instruidos - somos víctimas. Israel siempre tuvo reticencias para llamar Padre a Dios (20 veces en el AT contra 70 en el NT).

No es posible instaurar la religión fuera del campo estructurado por el complejo de Edipo: no se trata de renunciar al padre, sino al fantasma de omnipotencia infantil y mágica que se proyectó sobre él. En esta perspectiva, sólo si Dios aparece como principio de la realidad que separa el fantasma del símbolo, sólo si se revela como palabra de Otro que cuestiona el deseo, como alteridad que se abre al intercambio, sólo entonces se realiza un encuentro en el cual el hombre puede salir auténticamente con vida: pasando del grito a la palabra, realizando el trayecto antropológico que parte desde el abismo. Job superó su complejo de Edipo cuando pasó del Dios creador, imagen del padre imaginario, que lo apabulló con su discurso omnipotente, al Dios redentor, padre simbólico.

## Conclusión

Para curarme de mi duda original y existencial me refugio en la apologética de la ambigüedad cristiana, ya que tal carácter ambiguo es inherente a la pedagogía de la fe, aunque la cultura occidental-apodíctica - no lo tolere. Este talante ambiguo es una "gracia singularísima", de la cual en este tema de la oración de súplica, como el lector habrá advertido, yo no carezco.

La oración ¿es diálogo o monólogo? Es diálogo con alguien silencioso, aparentemente ausente, en paralelismo con la cura psicoanalítica en la que el ausente psicoanalista estimula la expresión máxima del deseo profundo para tomar distancia y descubrir la alteridad (el trayecto del grito a la palabra). En ese proceso de emergencia - en la misma oración de súplica - surge la ambigüedad, porque hablar a un ausente sin escuchar su respuesta y sin siquiera esperarla puede ser un refugio narcisista para evitar el enfrentarse con la realidad y con el otro, creando un compañero imaginario que no es sino el doble idealizado de uno mismo.

No eliminaría sin más este rostro severo de Dios, como Padre, que llevó al autor de *Proverbios* a afirmar que *el temor del Señor es el principio del saber* (Pr 1,7). Hablo de este sentido religioso que guarda mucho respeto por la alteridad o trascendencia y que incorpora el fantasma del padre imaginario, porque nuestra imagen de Dios es así de compleja y no sé si ganamos simplificándola. No estoy de acuerdo con este neomarcionismo que atribuye tal imagen al Testamento judío, porque, reconociendo la originalidad del Testamento cristiano, me resisto a una imagen de Dios que sea fruto de nuestros deseos (por supuesto, narcisistas), los cuales muchas veces se convierten en mecanismos de reducción de las diferencias (convertir la trascendencia de Dios en proximidad), reduciendo al otro - en este caso, el Gran Otro - en un objeto de posesión.

**Tradujo y condensó: MIQUEL SUÑOL**